

EL FUTURO: UNA DISTÓPICA MIRADA DEL CINE

- Adrián Atehortúa-

El futuro es un tema que siempre ha intrigado a la humanidad en diferentes campos del conocimiento, ya sea popular o académico. No en vano es que “horóscopo” sea una de las palabras más buscadas en internet, que tiene sus propios expertos dando predicciones en masa a través de espacios en la televisión y en la radio. También no es en vano que la ciencia base sus avances, en gran medida, pensando en una posible utilidad para el futuro y cómo puede beneficiar y prolongar nuestra existencia.

Sin embargo, a pesar de carecer de bolas de cristal, lecturas de tabaco o del tarot, sin tener una sola fórmula matemática, médica o científica, el arte ha sabido adelantarse constantemente a los hechos que marcan un cambio en las sociedades. Es a partir de la mirada del artista que la humanidad puede contar con un registro que le recuerda los hechos más importantes de su paso por el mundo, por su historia, y también le avisa los momentos en que se avecinan los cambios que le seguirán.

Durante el siglo XX el turno le correspondió, en gran parte, al cine. A lo largo de los últimos cien años el séptimo arte ha podido pasar por la pantalla grande imágenes que corresponden a una visión del futuro que intrigó a más de un director, desde Fritz Lang y Stanley Kubrick, hasta las infantiles producciones de Disney y las agresivas animaciones de Katsuhiro Otomo. El futuro, del cual se ocupa generalmente el cine desde la ciencia ficción, es uno de los retratos más impactantes que el celuloide pueda registrar.

Llama la atención que, sin importar el paso del tiempo o los cambios culturales con cada geografía, el cine plantee un futuro opresor, maligno y dañino para la humanidad, que es a su vez fruto de las acciones que se han cometido en un pasado, es decir, nuestro presente. Podríamos atrevernos a afirmar que desde el cine hay una moción unánime que aboga porque a la humanidad, tal y como lleva en estos momentos su existencia, no debe esperarle más que la represión y el sufrimiento en un futuro que ahora no parece muy lejano.

Podríamos decir que, puntualmente, *Metrópolis* (1927) de Fritz Lang es un inicio de todo. Recreando el ya cercano año de 2026, la idea del admirado director alemán y su esposa Thea von Harbou, autora del guión, muestran a una sociedad donde las desigualdades entre la élite y el proletariado no podrían ser más tormentosas. Una ciudad próspera, que vive a costa de otra ciudad paralela y subterránea con ansias de justicia.

Tras un receso en este tipo de propuestas, después de la Segunda Guerra Mundial y la histeria colectiva sobre las armas nucleares, el cine volvió con mayor fuerza sobre el tema, dando a luz títulos tan fatalistas como fascinantes. En 1962 *La Jetée* del documentalista Chris Marker resultó ser un cortometraje de sorprendente calidad, significando un reto técnico, además de un cuestionamiento sobre el cine y sobre el rumbo de la sociedad moderna. La versión extendida que Terry Gilliam hará más adelante en *12 monos* (1995) sobre el argumento de la obra de Marker no le resta pánico a la original.

En 1965 otro francés, Jean-Luc Godard, hace su interpretación del futuro con *Alphaville*, donde la sociedad totalitaria, el absolutismo y el deseo de dominación sobre cada individuo significarán un reto para el advenedizo protagonista que llega a la ciudad buscando acabar con la vida del creador de la ciudad, amo y señor de la mente de cada uno de sus habitantes, el misterioso y temible Profesor Von Braun.

Más adelante François Truffaut llevó al cine *Fahrenheit 451* (1966) célebre novela de Ray Bradbury, donde la sola idea de una sociedad en la que está prohibido leer parece extrema en la búsqueda de un posible control total de un Estado hacia los individuos que están bajo su régimen. En su única película hablada en inglés, Truffaut nos presenta un futuro que al parece ya vivimos, no encontrando mucho de futurista en las decoraciones o recreaciones de las películas, a pesar de que en su momento transmitieran la idea del director francés.

Dos años después y con un presupuesto más jugoso que sus antecesoras Stanley Kubrick hizo del futuro la materia prima de una de las obras más impactantes de la historias del cine: *2001: Odisea del espacio*. Abatido por la idea de que la humanidad lograra conquistar fronteras más allá de nuestro planeta, donde el futuro parece cómodo y sin embargo frío, a veces inhumano. Volvería Kubrick a repetir su interés por el futuro con otra gran película: *La naranja mecánica* (1971), donde la violencia y el pandillerismo son el plato fuerte fruto de una sociedad que no deja más salida a los jóvenes.

Menos cruda, más jocosa pero igual de pesimista, está *El dormilón* (1973) de Woody Allen en la que las aventuras de un hombre congelado en el tiempo que revive en el año 2173 van dando paso a las constantes sátiras que caracterizan a este director, dirigidas a los ideales de una sociedad en pro del progreso que, en dicha búsqueda, sacrifica las cualidades más elementales de la vida humana en sociedad, como la libre expresión, el inconformismo, el cuestionamiento del poder, entre otras.

Así continúan el recorrido a través del último siglo películas como *Stalker* (1979) de Andrei Tarkovsky, *Brazil* (1985) de Terry Gilliam, *Akira* (1988) de Katsuhiro Otomo, *Gataccia* (1997) de Andrew Niccol, *The Matrix* (1999) de los hermanos Wachowski y *Battle Royale* (2000) Kinji Fukasaku, obedeciendo a un mismo patrón que, de una u otra forma han cumplido sus antecesoras. Ya sea en comedias, dramas, ciencia ficción o dibujos animados, el cine mira hacia el futuro con el cristal de la desesperanza. El fatalismo con que el séptimo arte hace predicciones da como resultado fascinantes producciones y temibles sucesos.

Si bien son evidentes algunos desaciertos en estas películas, metafóricamente hay similitudes que sorprenden con lo predecible que en ocasiones suele ser la especie humana. Grandes intentos de control, de dominación del otro, la ambición del poder, todo por la supervivencia que en últimas conlleva a la misma autodestrucción. "Es sólo una película" se escucha por ahí con respecto a este tipo de presupuestos cinematográficos, comentarios menospreciadores de la capacidad con que el cine sigue estudiándonos una y otra vez sin perder vigencia. Los retratos siguen presentes y los públicos pasivos, contemplando cómo se dirigen en la tormentosa dirección que se abre como un túnel de imágenes futuristas en la gran pantalla.